

Tales fueron las razones que me obligaron á dejar mi nombre de familia.

Yo quería proseguir mi vida, mi perversa vida, pero no quería molestar á mis padres, empleando su nombre en firmar actas ó escritos que repro-
baban.

V.

LA COMUNA.

EL REINADO DE LOS PERIODISTAS.—GENT Y LAS ELECCIONES GENERALES.—UNA FALSA ALEGRÍA DE SPULLER.—PROGRAMA OFICIAL EJECUTADO AL REVÉS.—LAS DESGRACIAS DE ENRIQUE FOUQUIER.—UN GOBIERNO IMPROVISADO.—MARSELLA ENTERA VOLARÁ.—EL BATURRILLO DE LA INSURRECCION.—EL 4 DE ABRIL.—FIN DE LA COMUNA REVOLUCIONARIA.

Si exceptuamos el ruido de los clubs durante la administracion de Gent, los Marsellese permanecian bastante tranquilos.

El sucesor de Esquiros, para granjear á la prensa, se rodeó de periodistas de todos los colores. No se veía más que periodistas en la prefectura: los salones, gabinetes, divisiones y despachos, estaban llenos de aquellos. Se les veía hasta en los corredores y en el cuarto del conserje.

Si se llamaba á una puerta y entraba uno para pedir un rebajo de contribuciones, ó hacer registrar una patente, ¡sás! se hallaba uno frente á frente de un cronista de los periódicos de la ciudad. Si se presentaba uno en la casa de los niños expósitos, en las casas consistoriales, en las agencias de inhumaciones ó en las casas de locos, allí topaba con folletinistas, secretarios de redacción ó cronistas de los teatros. En cuanto al servicio de las antecámaras, lo hacían reporters sin trabajo.

El jefe del gabinete del prefecto era tambien un periodista, Augusto Cabrol, liberal recalci-trante, alegre vividor que fumaba una pipa colosal, y que al terminar sus audiencias daba cariñosos golpes en el vientre á sus amigos.

Tám-poco el secretario general tenía mucho prestigio. Era un jóven cronista marsellés, de veintidos años, que despues hizo algun papel. No era liberal en manera alguna. Había escrito unos artículos en el *Figaro*, al fin del Imperio. Un mercader de paños de Marsella, que Gambetta había nombrado prefecto, le colocó el 4 de Setiembre al frente de un diario intitulado *La Verdadera República*, que se fundó con el objeto de unificar las opiniones.

Veremos á continuacion el éxito que esta gaceta alcanzó en el país de la Cannebièr; el comer-

ciante de paños consumió una parte de su capital y abandonó la prefectura á la llegada de Esquiros y Delpech; á lo que se agregó que, como *La Verdadera República* se obstinaba en no cubrir sus gustos, á pesar de todo el talento de su redactor, no alimentando ya el comerciante de paños la esperanza de volver á ser prefecto, puso á nuestro redactor á racion de hambre, entre tanto que llegaba el momento de suprimir el diario, á todas luces inútil.

Felizmente, en esta época Gent se acababa de instalar, y ofreció la Secretaría General de la Prefectura al buen jóven, quien aceptó: se llama Enrique Pouquier, actualmente colaborador del *Figaro*.

Los marselleses por su parte, muy dados á la familiaridad, le llamaban el Señor Enrique, ó Enrique á secas; lo que no dejaba de molestarle, sea dicho entre nos, pues estaba prendado de sí mismo, muy al contrario de Augusto Cabrol. Pero el Secretario general por mucho que se mordiese los labios y tomase un aire solemne, nadie en la antigua ciudad podía llegar á creer que se hubiera convertido de la noche á la mañana en una notabilidad, y le trataban con la misma llaneza que el jefe del Gabinete.

Esto duró hasta la capitulacion de Paris. Las elecciones *generales* se hicieron en Francia

con la precipitación que todo el mundo conoce, pero particularmente en las Bocas del Ródano los representantes de la autoridad cometían mayores abusos que en ninguna otra parte.

La amnistía, como es sabido, se firmó el 28 de Enero de 1871. Al día siguiente, 29, el Gobierno expidió un decreto convocando á los electores para el miércoles 9 de Febrero, decreto que fué enviado por telégrafo á todos los prefectos.

¿Queréis saber lo que hizo Alfonso Gent, prefecto de Marsella? Simplemente guardarse el telegrama en el bolsillo; pero lo más bonito del caso fué, que miéntras los electores, sin ser convocados, preguntaban en qué fecha tendría lugar el escrutinio, Gent se proponía como candidato en el departamento inmediato, en Vaucluse.

En la Prefectura se verificaba este juego magnífico, miéntras se trabajaba en la confección de la lista oficial, pensando de esta manera coger de improviso á los conservadores. Se frotaban las manos de gozo todos los secretarios y sub-secretarios de Gent.

Por lo demás, el alto personal administrativo de la casa tenía con que divertirse, pues las solicitudes llovían hasta convertirse en una avalancha de telegramas y un monton de amigos y hermanos que suplicaban á Gent los incluyese en la lista de la Prefectura.

Steenakers entre otros, que nadie conocía en el Mediodía, escribía el 31 de Enero á nuestro incomparable prefecto: "Sabeis lo que yo valgo; si teneis necesidad de un nombre en vuestra lista, tomad el mio." (*Textual*). No le tomaron y este pobre *Steenakers* no salió electo en parte alguna.

En fin, cuando la Prefectura se creyó segura del triunfo, publicó la convocatoria de los electores, con fecha de 3 de Febrero, en la noche (fecha exacta). Los marseleses supieron el 4 por la mañana que se les convocaba á elecciones para el día 8. El ciudadano Alfonso Gent existe aún y lo desafío á que me desmienta. En los pueblos y fincas de campo el decreto del Gobernador no se publicó sino dos días ántes del escrutinio.

Una aventura en extremo célebre es aquella en que *Spuler*, fiel Acates de Gambeta, fué el héroe.

El 5 de Febrero, Gent recibía el mensaje siguiente que copio sin cambiarle una coma:

"Burdeos 5 de Fbro. de 1871.—A las cinco de la tarde núm. 7842.—*Spuler* á Gent Prefecto de Marsella.

"Leo en nuestro mensaje de ayer dirigido á nuestro ministro este sencillo renglon: Ciudadano os recomiendo á *Spuler*." ¿Quiere esto decir que os complacería el que Marsella me eligiese?

"Quiero creerlo, y manifestaros tambien, queri-

do amigo mio, el profundo reconocimiento que os conservo por este testimonio de vuestra estimacion.

“Me veré recompensado en más de lo que merezco si por precio de los servicios que he podido prestar á Francia y á la República al lado de Gambetta desde el 4 de Setiembre, una tan importante y republicana ciudad como Marsella me eligiese para su representante.

No me atrevo á esperar tan distinguido favor; pero á vos que habeis tenido la idea de semejante eleccion en favor mio, os diré en el secreto de la amistad, que mi vida entera no agotaría mi gratitud, y que si tal honor me fuese concedido mi mejor recompensa á Marsella sería sacrificar á su magnífico y rico porvenir y á la democracia viva é inteligente que forma su poblacion, todo lo que tengo de inteligencia y de abnegacion sin limites con el más inviolable afecto. Os ruego que me escribais al considerar la emocion de que estoy poseido desde ayer.”

Se vé que el mensaje estaba cargado á los gastos del Estado, pues el amigo Spuler, léjos de economizar las palabras, las prodigaba.

Pero no fué esto lo bueno.

Cuando se recibía en la Prefectura de Marsella este sáfico telegrama, Gent, Fouquier y los otros se rieron á mandíbulas batientes.

Jamás había teleografiado á Gambetta para impetrar su recomendacion en favor de Spuler; nadie había pensado en la candidatura de Spuler en las *Bocas del Ródano*.

Hé aquí lo que había pasado:

Gambetta había participado á Gent sus dificultades con Julio Simon, y había declarado á su amigo que estando en jaque por sus colegas del Gobierno se retiraba.

Gent, en estilo familiar había contestado á Gambetta “Estais enfermo; ya os recomiendo con Spuler.”

El empleado del telégrafo había olvidado una palabra del mensaje: La preposicion, *con*; de aquí provino la interpretacion que había causado una falsa alegría al compañero del ministro.

Cuando el séquito de Gent terminó sus burlas, enviaron á Spuler, para calmar sus trasportes el telegrama siguiente:

“Marsella, 5 de Fbro. de 1871. A las 8, 25 m, de la noche” El Prefecto á Spuler.”

“Burdeos” ——— (Confidencial)

Escribí á Gambetta. “Estais enfermo; os recomiendo con Spuler.”

“¿Por qué no me habeis escrito ántes? En el estado actual de los espíritus de partido, y de las

pretensiones hubiera sido difícil, pero acaso no imposible. Jamás me perdonaré el no haber pensado en vos oportunamente.

A. GENT.

A pesar de la sorpresa de los electores, á pesar de la presión formidable de los agentes del poder, á pesar de todas las precauciones y las ilegalidades de la Prefectura, el sufragio universal no dió en las Bocas del Ródano los resultados esperados por Gent, pues los Marsellese tuvieron una diputación de las más abigarradas.

En cuanto á Gent, salió electo en Vauclus, y al presentar inmediatamente su dimisión de Prefecto fué reemplazado por el almirante Cosnier. El nuevo jefe de la prefectura de Marsella, conservó á Enrique Fouquier como secretario general.

Hé nos aquí en el período más turbulento de la Comuna.

En las provincias los ultra liberales comenzaban á dormirse; los despertó el 18 de Marzo. Los marsellese no fueron los últimos en salir de su sopor.

Paris tiene una Comuna revolucionaria, decían: ¿Por qué Marsella no ha de tener la suya? Y ciertamente, sin quererlo la prefectura, proporcionó á los impacientes la ocasión que esperaban.

Cosnier Fouquier, el alcalde Bori y todas las eminencias del partido republicano moderado se

habían reunido en consejo, para determinar lo que se debía hacer en circunstancias tan extraordinariamente difíciles. Decidieron que el 23 de Marzo se convocarían todos los batallones de la Guardia Nacional, y que al mando de un Coronel llamado Jeanjean recorrerían la ciudad gritando: "*¡Viva Versalles!*"

Esta idea pareció maravillosa á las gentes entendidas que la concibieron, pues Fouquier, en su calidad de Marselles aseguraba conocer mejor que nadie los sentimientos de sus compatriotas; en cuanto al coronel dos veces Jean, estaba seguro de sus batallones, y Versalles iba á ser aclamado contra Paris por unanimidad de todos sus habitantes.

Los Guardias Nacionales convocados debidamente, se reunieron y siguieron el itinerario fijado para este paseo oficial. Sólo que un artículo de programa se ejecutó al revés. Todos los batallones, con excepción de dos, gritaron: "*Viva Paris.*" De modo que la fiestecita tuvo un desenlace que Cosnier, Fouquier, Bori y Jeanjean no habían previsto, pues al fin del paseo los patriotas tomaron por asalto la prefectura.

No hay para que decir que la parte turbulenta de la población se había unido á los guardias nacionales tomando parte en su demostración, que los

antiguos cívicos eran tambien de la partida, y que nosotros los jóvenes de la Legion Urbana estábamos con ellos.

¡Con qué alegría invadimos la prefectura! Fué un empuje irresistible.

El secretario general Fouquier, entre otros, que no aguardaba semejante acontecimiento, hizo el pobre un deplorable papel.

Había sido á la caída de Esquiros uno de los más resueltos partidarios de la supresion de la *Guardia Cívica*, y de la *Jóven Legion Urbana*. Así es que Cívicos y Legionarios no le tenían entre las telas de su corazón.

Yo no fui sin embargo del número de aquellos que, en la toma de la prefectura dieron al infortunado Fouquier el humillante tratamiento de que todo Marsella habló y se rió; pues estaba ocupado en este momento con mi colegionario y amigo Elías Devéze, preparando una bandera roja que queríamos enarbolar en la gran puerta de entrada. Algunos cívicos furiosos contra el secretario general le persiguieron gritando;— ¡A la cubeta! ¡A la cubeta!

Y el desgraciado, cogido por aquellos furiosos, fué arrojado de cabeza en los lugares comunes del palacio, de donde salió con infinitos trabajos.

Esta aventura, que fué el incidente cómico del motín, excitó en la víctima una irritacion y un

despecho tal, que yo, aunque inocente, á menudo he experimentado sus efectos. Enrique Fouquier jamás perdonó tal injuria á los que juzgó que eran sus autores, y aunque éstos fueron cosa de cinco, acompañados de muchos jóvenes de la Legion Urbana, mi calidad de Legionario me señalaba á su resentimiento, y desde entonces, en todos los diarios que ha escrito el rencoroso ex-secretario de Gent, jamás ha perdido ocasion de lanzar contra mí sus malévolas y emponzoñadas críticas.

Pero lo repito, el despecho de Enrique Fouquier en lo que me concierne ha sido gratuito, pues yo no fui del número de sus bañeros; habiendo sabido hasta el dia siguiente por la voz pública la historia de esta sucia venganza de mis camaradas de la Legion.

La Comuna revolucionaria quedó constituida el dia 24. Á su cabeza estaba Gaston Grémieux, el jóven presidente del antiguo comité antiplebiscita. Los otros miembros fueron tomados del Consejo departamental, y entre los oradores más exaltados de los clubs.

No reconociendo el ejército regular la dicha Comuna, que había monopolizado todos los poderes, se retiró de Marsella. El Consejo municipal, compuesto de republicanos moderados, ya no dió señales de vida, siendo el alcalde el primero que emprendió la fuga. En cuanto al prefecto Cos-

nier, estaba preso en la prefectura, en rehenes de los insurrectos; y por lo que hace á Enrique Fouquier, escaldado de aquel baño, se había puesto prudentemente al abrigo de otro.

Durante once días, la ciudad fué entregada á la más completa anarquía.

Los jefes del gobierno improvisado, eran incapaces de hacer frente á la situación. Ninguno de mis compatriotas me desmentirá, cuando diga que la Comuna de Versalles fué absolutamente grotesca, pues se contaban en el número de sus jefes á un peluquero y á un zapatero, y para afirmar el principio internacional, se había colocado también á un negro entre los gobernadores, y un vendedor de agua fresca fué nombrado general en jefe de los insurrectos.

Á decir verdad, los revolucionarios no hacían más que seguir el ejemplo de los liberales. Delpech, el 4 de Setiembre, era un modesto tenedor de libros, en una casa de comercio. El 6 había sido ya nombrado subprefecto de Aix, y diez y seis días despues prefecto de las Bocas del Ródano; así es que en diez y ocho días había recorrido todos los grados administrativos, pues que Marsella es una prefectura de primera clase. Más todavía: cuando Esquiros y él fueron remplazados por Gent, Delpech, que en su vida había empuñado mas que la pluma y el raspador, fué nom-

brado general comandante de la segunda brigada del ejército de los Vosges (¡pobre Francia!). No son, ciertamente, los liberales los que pueden echar en cara á los revolucionarios su desfachatez al instalarse en los más altos puestos militares y administrativos.

La Comuna, sin embargo, esperaba que la atacase la tropa de línea; pensó en prepararse á la defensa, y el comandante de la *Jóven Legion Urbana*, fué quien recibió la mision de crear un arsenal para los insurrectos, puesto que los fuertes de la ciudad se negaban á reconocer á Gaston Cremieux y á sus colegas. Al efecto, consiguieron, no sé cómo ni en dónde, algunos cañones y balas, colocándolos en el patio de la prefectura. ¡Ah! debíamos hacer maravillas. Pasábamos todo el día en acarrear balas, y había algunas bien pesadas por cierto. Cuando las descargábamos del carro que las traía, las colocábamos en bellas pirámides, sudando de lo lindo; pero por la noche, una vez terminada la tarea, teníamos la satisfacción del deber cumplido. ¡Cuidado con los de Versalles, decíamos, pues si vienen, quedarán contentos de la recepcion...! ¡Y nuestro jefe de la Legion Urbana, nuestro bravo comandante Giran...! Éste sí que lo tomaba por lo serio. Nada más curioso que verle agitarse en su oficina,

situada en el primer piso á la izquierda, del lado de los salones.

La pieza que se había reservado en la prefectura, estaba llena de materias explosivas. Apenas entraba uno á su habitacion, cuando brincaba de su sillón. ¡Cuidado, cuidado! exclamaba, no toqueis nada, porque hay material suficiente para hacer volar á Marsella. Si teniais la desgracia de moveros, de cojer una silla ó de dirigiros hácia una chambrana, tomaba un aspecto espantado y misterioso, obligándolo á uno á la más completa inmovilidad. Parecía que mil bombas iban á partir de todos los rincones, al menor movimiento. ¡No os movais! repetía, pues no sabeis la espantosa responsabilidad que asumo en mi encargo.

A fuerza de oírle, se le daba suma importancia, y había acabado por creerse que en la prefectura se poseían toda especie de aparatos destructores á cuales más terribles. Por todas partes reinaba un desórden de que es imposible formarse idea.

La Comuna de Paris nos había enviado tres delegados, Mègy, Amroux y Landeck; todos tenían las mismas pretensiones de mandar, tratándose mutuamente de traidores; hablaban con más frecuencia de fusilarse, que de organizarse, y á veces se daban repentinamente consignas perfectamente inútiles.

Por ejemplo, un dia, no sé quien intimó á los

centinelas la órden de no dejar salir á nadie sin el debido *pase*.

El primero que se presentó para salir, ignorando absolutamente la consigna, era uno de los oradores habituales de la Alhambra, llamado Pancin. El cívico que estaba de centinela lo detiene.

—No se pasa.

—Yo soy el C. Pancin.

—Bien lo sé, solo que tengo la órden de no dejar salir á nadie sin pasaporte.

Pancin sube al primer escritorio que encuentra, toma una hoja de papel cualquiera y escribe estas palabras:

PASA EL CIUDADANO PANCIN.

Firmado: *Pancin*.

Despues, descende gravamente y entrega su papel al centinela. El Cívico lo lee.

—Muy bien, Ciudadano, estais en vuestro derecho.

Y le permitió salir.

Esta sencilla anécdota, auténtica, aunque inverosímil, bastará para dar una idea del desórden en que estaba la Comuna. El 4 de Abril por la mañana todo el mundo quedó sorprendido al ver la tropa acampada sobre muchos puntos de la ciudad.

Para apoderarse de la prefectura, el ejército regular no tenía más que hacer que presentarse á las puertas y entrar.

Ignoro qué informes se darian al Gral. Espivent; pero lo cierto es que si estos informes presentaban á los insurrectos dueños de recursos formidables, eran falsos.

No me meteré en el relato de esta jornada que ha sido ya numerosas veces descrita, sino que me limitaré á algunos recuerdos personales. Cuando comenzó el tiroteo, recurrimos al comandante Giraud que habia prometido tan formalmente hacer polvo al enemigo. El comandante confesó, que si habia hablado en esos términos, era para imponer respeto á la Comuna. Se abren las alacenas de su oficina, estas famosas alacenas que contenian tantas bombas, y que en realidad no contenian ni una sola.

Bajamos á la prefectura, alistamos un cañon para la defensa, y nos propusimos cargarlo; pues bien, no encontramos una sola bala que cupiese en su boca, pues el diámetro de todas aquellas que tantos trabajos nos habia costado acarrear, era mayor que el calibre de los cañones. Nadie habia pensado jamas en examinar si los proyectiles eran adecuados á las piezas; aquello era para reirse, pero de dientes para adentro. ¿Qué partido tomar? Los que tenían deseos de batirse, no

tenían más arbitrio que ir á disparar sus armas en las calles tras de las dos ó tres barricadas que habia en la ciudad, y habiéndose resuelto á esto, la prefectura, en lugar de ser Ciudadela se convirtió en un hospital al cual se condujeron los heridos de ambos partidos.

Llovian las granadas del cerro de la Guarda y del puente de San Nicolás.

En lo alto del mirabel del reloj de la prefectura, mi compañero Elías Devèze y el ciudadano Pancin, tuvieron la constancia de mantener hasta las cuatro de la tarde una bandera blanca en señal de amnistía, sin que por esto cesase el bombardeo, hasta la puesta del sol.

Despues de haber almorzado al mediodía en la casa, me dirigi por un momento á la prefectura, á donde entraba uno de su cuenta y riesgo, pues tenia que atravesar la plaza bajo una granizada de balas que caía de las casas vecinas, ocupadas por la tropa.

Los partidarios de la Comuna no eran los más numerosos. Algunos antiguos cívicos custodiaban al almirante prefecto, á quien se habia juntado, en calidad de rehenes el hijo del alcalde. Los salones estaban trasformados en ambulancia; un joven y un cirujano, que no pertenecían á ningun partido, curaban á los insurrectos, así como á los soldados heridos. En muchas oficinas que el gobierno revolucionario habia convertido en alma-

denes de equipo, había trages de franco-tiradores y de garibaldinos, en prendas por pago.

En compañía de tres legionarios me planté un pantalon de tela y una blusa azul y nos fuimos á tirar algunos balazos á la barricada que estaba en el ángulo de la calle Mont-Grand y de la plaza Saint-Terréol. Desde allí apuntábamos bien ó mal á los Guardias Nacionales del partido del orden, quienes desde las Graderías del Palacio de Justicia, hasta la extremidad de la calle nos enviaban sus balas. Por fin, estos instalaron un cañon dirigiéndonos nuevos cumplimientos en forma de metralhas, de las cuales una fué á atravesar una casa de enfrente. Juzgando entónces que la partida no era igual, abandonamos la barricada y volviendo á la prefectura, nos aseamos, des- embarazándonos de nuestros prestados vestidos. Hacia las cinco, salté de la guardia para darme cuenta del tiro de nuestros adversarios. Había ahí algunos curiosos á quienes no dejaron estacionar los soldados. Por último, al caer la noche los marinos de la Fragata de la Corona, que acampados en la Lonja aguardaban el momento favorable, llegaron al Palacio de la Prefectura, lugar abandonado por los insurectos, y escalaron las ventanas, no encontrando más que las personas en rehenes á quienes nadie había tocado.

La Comuna de Marsella había concluido.

VI. DE MARSELLA Á PARIS.

LA "LOCURA" Y LA IGUALDAD.—EN LOS TRIBUNALES Á LOS DIEZ Y OCHO AÑOS.—LA JÓVEN REPÚBLICA.—LA LUCHA CONTRA EL ESTADO DE SITIO.—"EL HURON Y LA HONDA."—TRES DUELOS.—ACUMULACION DE PROCESOS.—DESTERRADO Á GÉNOVA.—LA AMNISTÍA Á LOS CULPABLES DE DELITOS DE IMPRENTA.—MONTPELLIER Y EL DE "OPOSICIONISTA."—FRATERNIDAD REPUBLICANA.—LA EXPOSICION DE PARIS.

La Comuna trajo á Marsella el estado de sitio. Entónces fué cuando me hice periodista en toda forma.

Durante los primeros meses que sucedieron á mi separación del regimiento, además de perorar en los clubs, colaboré en diversos periódicos revolu-